

que en África suele ejecutarse en un idiófono o con palmadas, puede representarse mediante cruces (x x) y puntos (...) para indicar los golpes así como la ausencia de éstos (silencios). Ambos signos denotan la duración temporal mínima, una pulsación elemental. Véase: (12) [ x . x . x . . x . x . . ]

En *El coco*, como en otros sones jarocho y en sones pertenecientes a otras tradiciones regionales mexicanas (calentana, planeca, mariachi), el verso octosílabo, tan común en la poesía popular hispánica, es amoldado creativamente al marco impuesto por el patrón estándar y a un tipo de fraseo también característicamente africano que el etnomusicólogo austríaco Gerhard Kubik, en un ensayo acerca de los conceptos y términos básicos de la música africana, ha identificado tanto en culturas musicales de la Costa de Guinea (África occidental), como en el África central. Ello da por resultado múltiples variantes y una enorme riqueza rítmica. En este son se pone de manifiesto la diferente función musical que corresponde a la jarana, a la voz y a la guitarra de son, jabalina o requinto. La jarana encarna siempre la armonía en sus acordes rasgueados y marca el inicio de cada ciclo de doce pulsaciones elementales. Asume, pues,

una función métrico-armónica. Este instrumento hace patente en la estructura rítmica lo que Kubik denomina punto axial (indicado aquí con un asterisco \*), y es la encargada de proporcionar lo que se conoce como *ritmo armónico*, en un esquema armónico recurrente a lo largo de toda la pieza, y que en este son cambia con cada ciclo métrico en un permanente movimiento pendular entre el acorde de tónica (T) y el de dominante (D), aquí do menor y sol mayor respectivamente. En la teoría jarocho de la música, como en el lenguaje popular de México en general, los acordes de tónica y dominante son designados con sendas categorías nativas: primera (1ª) y segunda (2ª), adjetivos ordinales que corresponden a las pisadas, es decir, acordes. Pero la jarana no delimita el ciclo métrico de manera monótona, sino diversificando constantemente su realización mediante la variación rítmica de los rasgueos y las diferentes formas de ataque y articulación de los mismos, a saber, el azote, que apaga súbita y enérgicamente la vibración de las cuerdas, de manera semejante a un golpe tapado sobre el parche de un membranófono africano; el llamado abanico o floreo (ejecución suavemente arpegiada de los acordes);